



VIAJE A LA CIUDAD INEXPUGNABLE DE LOS

INCAS



Cuando llegué a Méjico, dispuesto a viajar a través de las naciones sudamericanas, cayó en mis manos un viejo libro titulado «Costumbres antiguas del Perú», y una de sus páginas despertó mi curiosidad; decía así: «Había en el Cuzco un templo que era como el Pantheon de Roma, donde eran colocados todos los ídolos de todas las naciones sujetas al Inca. Cada ídolo tenía su altar, pero una cadena amarraba su pie a la hornacina para denotar la sujeción y vasallaje de su gente».



Arriba: Sección del templo del Sol, en cuyo centro se ve la piedra sobre la que eran embalsamados los muertos.—Abajo, de izquierda a derecha: Vista de la ciudad de Machupichu. La cámara de embalsamamientos. Autocarril que transporta a los turistas a la encumbrada ciudad inca. Piedra que señalaba los equinoccios. Chozo de los actuales indígenas que moran en las cumbres de Machupichu. Molinos de cereales. Otra vista de la ciudad.



Dispuse luego mi viaje. Salí de Méjico en avión y, después de dos cortas escalas, volé sobre el paisaje arrugado y lunar del Cuzco: tierras vacías, escarpadas, desiertas. Entre las rendijas de sus peñascos andinos, el reflejo de los riachuelos extraviados, y hasta en las cumbres rebrillaba el agua verde de los lagos: el Titicaca me impresionó; parecía un mar subyugado entre la crueldad espinesa de las montañas.

Y allí, en medio de la convulsión retorcida de las cumbres, sobre un escenario de fuego petrificado, vi por primera vez la vieja e inexpugnable ciudad de Machupichu. Volaba tan alto que comencé a sentir un ahogo sofocante, y es que Machupichu, según luego comprobé, está suspendida sobre un abismo a más de 3.100 metros de altura.

Desde el campo de aterrizaje rodé muchos kilómetros por la carretera que bordea la corriente del río Huilcomayo (río del Sol) que, hacia el Amazonas, se estrecha entre los picos de la Cordillera Trasandina. En la altura inaccesible, sobre los peñascos resquebrajados, está enclavada la histórica ciudad que guarda en su silencio, coronado de nieblas, el misterio de una ignorada antigüedad, llena de ritos y testimonio magnífico de una cultura y de un esfuerzo jamás superado por ninguna otra civilización.

Alquilo un autocarril que, a gran velocidad, inicia su marcha. Aquí mi primera sorpresa: el autocarril no traza curva alguna; asciende por planos inclinados, totalmente rectos y, dando marcha atrás en cada aguja, llego a la cumbre después de haber trazado un agudo zig-zag.

Ya, sobre el arrugado semblante de esta ciudad vieja, entrecruzada de calles y de muros, me asomo a su panorama: es rudo, renegrido de milenios. A veces

el sol, entre la niebla, dibuja halos y relumbres entre los despeñaderos y glorifica el rumor de los hondones de acentos mitológicos, y es que en Machupichu tuvo su templo el Sol. Pero lo que más me sorprende son los bancales que escalonan la vertiente de la montaña. Son como una escalinata de gigantes peldaños, trazada para algún ser místico de piernas descomunales. En sus rellanos, según la historia, sembraban sus cosechas los incas cuando eran ase-

Arriba, a la izquierda: Muro construido por los incas de la primera civilización.—Debajo: Entrada del templo nocturno.—A la derecha, arriba: Cuarteles enclavados en el plano más alto de Machupichu. Debajo: Interior de una casa construida durante las decadentes segunda y tercera civilización.



diados por el enemigo. La geografía mágica de Machupichu, ciudad sobre muralla de granito como centinela del inmenso altiplano del Perú, impresiona con sus rasgos siderales. Es como una visión cósmica de la naturaleza.

La ciudad está construida en planos diferentes y en ellos se amontonan los edificios cuyas ruínas muestran la arquitectura sabia de los incas, que fué perdiendo su agobiante grandeza a través de sus tres épocas distintas y que aquí se observan en numerosas construcciones. La que más sorprende es la primaria y no sólo por su antigüedad sino también por su inigualable perfección. Los sillares, de cara rectangular y tallada, están machihembrados en sus planos interiores y superpuestos sin cal ni argamasa aguantaron las convulsiones sísmicas y las guerras de un tiempo que se pierde en la Historia.

Aún se levantan grandes palacios, numerosos templos, puentes, observatorios, cuarteles y magníficas portadas de clave indestructible. Entre las residencias, un magnífico palacio que, por su proximidad al templo, parece haber sido residencia sacerdotal. Se elevan aún altas torres de muros cónicos, con alhacenas interiores y cámaras subterráneas. En el fondo de uno de los intactos torreones que completan la alta muralla, se observa una gran losa pulimentada que servía para el embalsamamiento de los muertos.

Pero, entre todas las construcciones, llama la atención el gran templo de Machupichu, edificado en forma piramidal con tres muros: uno de fondo, donde está el altar, y dos extremos que convergen en ángulo sobre el primero. Este templo, en el que se adoraba a los elementos primarios y al trueno y al relámpago, produce una impresión de sobria grandeza. Su oratorio y sus muros, levantados sobre monolitos de doce toneladas, le dieron celebridad.

Es también muy conocido el palacio de «las tres ventanas», en cuyo fondo se abren tres amplios vanos que miran al Oriente. Frente a él, las calzadas se alargan entre los muros triangulares e impresiona el esfuerzo titánico realizado por aquella civilización que supo construir tan maravillosa ciudad sobre el pico más inaccesible de los Andes, ciudad que parece, desde el alto cielo y desde la lejana tierra, un nido de cóndores.

JUAN ALVAREZ GUERRA

Arriba, a la izquierda: Una calle de la vieja ciudad incásica.—Debajo: Entrada con llamadores «acústicos» a ambos lados de la puerta.—A la derecha, arriba: Una explanada de Machupichu, frente a los cuarteles.—Abajo: Bancos de cultivo que los incas sembraban cuando la ciudad era asediada.